

Colomba dormía, generalmente, durante el día. Ascanio se lo había aconsejado por temor de descubrirse él mismo por algún involuntario movimiento. Soñaba despertarse cuando ya brillaban las estrellas en el cielo, y entonces se arrojaba al pie de su lecho, ante el crucifijo, y permanecía largo tiempo absorta en una ferviente oración; luego se dedicaba á su tocado, peinaba sus hermosos y largos cabellos, y esperaba, entregada á sus ensueños, hasta que oía el ruido de la escalera al apoyarse en la estatua. Ascanio llamaba á la puertecita. Si Colomba había concluido su tocado, abría en seguida á su amado, que permanecía con ella hasta media noche. A esta hora, si hacía buen tiempo, bajaba Colomba, y Ascanio regresaba al palacio para dormir algunas horas mientras ella daba su paseo nocturno, volviendo á sus ensueños, más próximos que nunca á la realidad. Al cabo de dos horas la blanca aparición regresaba á su refugio, donde esperaba que llegase el día, respirando el perfume de las flores que ella misma acababa de cojer para adornar su nido, y oyendo cantar á los ruiseñores del palacete y á los gallos del «Pré-aux-Clercs».

Poco antes del alba Ascanio volvía á ver á su prometida, y la llevaba las provisiones para el día, hábilmente escamoteadas á Ruperta, gracias á la complicidad de Cellini. Entonces entablaban conversaciones animadísimas, charlando de sus recuerdos de enamorados y de sus planes de futuros esposos. Algunas veces Ascanio permanecía silenciosamente en contemplación ante su ídolo, y Colomba se dejaba contemplar, sonriéndole. Frecuentemente, cuando se separaban no habían pronunciado una palabra; pero por uno de esos misterios perfectamente comprensibles para los enamorados, entonces era cuando se habían dicho más cosas. ¿Por ventura no tenía cada uno de ellos en el corazón todo lo que el otro hubiera podido decirle, además de lo que el corazón no dice ni las vidas entienden, pero Dios lo ve?

El dolor y la soledad en la juventud tienen de bueno que al mismo tiempo que hacen al alma mejor y más grande, la conservan pura y fresca. Colomba, la virgen arrogante y digna, era juntamente una muchacha de muy buen humor y algo aniñada. Además de los días en que soñaban, y los en que reían, había otros en que jugaban como dos chiquillos. Y, cosa extraña, no eran aquellos días, ó por mejor decir, aquellas noches (pues como es sabido ambos jóvenes habían invertido el orden de la naturaleza), las que pasaban más de prisa. El amor, como todo lo radiante, necesita las sombras para brillar mejor.

Jamás pronunció Ascanio una sola palabra que asustara á la tímida y pura niña que le llamaba su hermano. Estaban solos y se amaban, pero precisamente porque estaban solos sentían mejor la presencia de Dios, cuyo cielo veían más de cerca, y precisamente porque se amaban respetaban su amor como á una divinidad.

Apenas la aurora comenzaba á iluminar débilmente los tejados de las casas, Colomba, muy á pesar suyo, despedía á su enamorado, pero le despedía como Julieta á Romeo, volviendo á llamarle diez veces. Siempre se les olvidaba algo muy importante á uno ó á otro; pero por último era indispensable que se separaran. Hasta el momento en que hacía medio día entregaba de nuevo su corazón á Dios, y se dormía con el sueño de los ángeles, permanecía sola, pensando, oyendo á la vez los pensamientos que brotaban de su corazón, y el canto de los pajarillos que se despertaban entre los filos de su antiguo jardín. Inne sario nos parece decir que al marcharse Ascanio retiraba la escalera.

Por las mañanas Colomba desmigajaba pan para los pajarillos en la abertura de la boca de la estatua, y los atrevidos ladronzuelos acudían á picotear las migajas y escapaban en seguida; pero poco á poco se domesticaron. Las aves comprenden el alma de las jóvenes, que como ellas, tienen alas. Por último, los pajarillos permanecían allí largo rato y correspondían á la atención de Colomba, pagando con sus cánticos el alimento que ella les daba. Hubo un jilguero audaz que se atrevió á penetrar en el cuartito de la muchacha, y que se acostumbró á comer en su mano por la mañana y por la tarde. Luego, como las noches empezaron á ser frescas, el jilguero se dejó cojer una de ellas por la linda prisionera, que se lo puso en el seno, donde durmió hasta el día, á pesar de la visita de Ascanio y del paseo de Colomba. El voluntario cautivo volvió al día siguiente y todos los demás. Al llegar el alba empezaba á cantar, y entonces Colomba lo cogía, se lo daba á besar á Ascanio, y le devolvía la libertad.

Así se pasaba la existencia de la hija de Estourville en la cabeza de la estatua. Solo dos acontecimientos turbaron su apacible curso. Una vez Colomba se despertó sobresaltada al oír la voz de su padre; no era un sueño, no; estaba en el jardín, debajo de ella, y Benvenuto le decía:

—¿Queréis saber lo que es este coloso, señor Estourville? Es la estatua de Marte, que su majestad el rey Francisco I ha tenido la bondad de encargarme para Fontainebleau. Un jugueteo de sesenta pies de altura, como veis. ¡Poca cosa!

—Es muy grandiosa y muy bella—respondió el preboste—; pero sigamos adelante, porque no es esto lo que vengo á buscar.

—Si fuera esto lo hubierais encontrado fácilmente.

Y pasaron de largo. Colomba, de rodillas, con los brazos extendidos, había sentido tentaciones de gritar: «Padre mío, padre mío! ¡Aquí estoy!»

El preboste buscaba á su hija, la lloraba tal vez; pero el recuerdo del conde de Orbec, los odiosos proyectos de la duquesa de Etampes, la conversación que había oído Ascanio, paralizaron el impulso de la muchacha. Cuando volvió por segunda vez su padre y Colomba oyó la desagradable voz de Orbec, que hacía dúo á la del

preboste, ya no experimentó la misma sensación que la vez primera.

—He aquí—decía Orbec—una estatua extraordinaria, hecha como una casa. Si resiste á la furia del invierno, las golondrinas podrían hacer en ella sus nidos en primavera.

La mañana misma del día en que la voz de su prometido inspiró á Colomba tan gran terror, la llevó Ascanio una carta de Cellini, que decía así:

«Hija mía: Tengo precisión de marcharme, pero estad tranquila. Lo dejo todo preparado para vuestra liberación y vuestra felicidad. La palabra del rey me garantiza el buen éxito, y ya sabéis que el rey no ha faltado nunca á su palabra. Vuestro padre se ausenta hoy mismo también. No desesperéis. He tenido todo el tiempo que necesitaba. Nuevamente os digo, querida hija, que aunque os veáis en el umbral de la iglesia, aunque lleguéis á estar arrodillada ante el altar, y á punto de pronunciar las palabras que unen para siempre, dejéis obrar á la fatalidad; la Providencia intervendrá oportunamente. Adiós.

»Vuestro padre,

»BENVENUTO CELLINI.»

Esta carta, que llenó de alegría á Colomba, reavivando sus esperanzas, produjo el lamentable efecto de inspirar á ambos jóvenes una seguridad peligrosa. La juventud no conoce los sentimientos moderados; pasa de la desesperación á la confianza extremada; para ellos está el cielo, ó preñado de tempestades, ó resplandeciente de puro azul. Tranquilizados doblemente por la ausencia del preboste y por la carta de Cellini, descuidaron las precauciones; concedieron más al amor y menos á la prudencia. Colomba no vigilaba con tanto cuidado sus acciones, y fué vista por Perrine, que, por fortuna, la tomó por el trasgo. Ascanio encendió las luces del escondite de su amada sin cuidarse de correr las cortinas, y la luz fué vista por Ruperta. El doble relato de ambas comadres despertó la curiosidad de Santiago Aubry, y el indiscreto muchacho, semejante al Horacio de «La escuela de las mujeres», fué á contárselo todo precisamente á aquel á quien todo se lo debió ocultar. Ya conocemos el resultado de semejante confidencia.

Volvamos al palacio de Etampes.

Cuando preguntaron á Marmagne cómo había logrado hacer su precioso descubrimiento, él no quiso decir nada, y se las dió de misterioso. La verdad era demasiado sencilla y hacía poco honor á su penetración; prefirió dar á entender que sólo á fuerza de astucias y de luchas había conseguido los magníficos resultados que asombraban á sus oyentes. La duquesa, como hemos dicho, estaba radiante; iba, venía, interrogaba al vizconde; ¡por fin tenía en su poder á la rebelde que había ocasionado tanta alarma! Ana quiso ir personalmente al palacio de Nesle para convencerse de la dicha de sus amigos. Además, después de lo que había pasado, después de la fuga, ó más bien del rapto de Colomba, no era

posible dejar á ésta en el palacete. La duquesa se encargaría de ella; la llevaría consigo al palacio de Etampes, y sabría guardarla mucho mejor que la dueña y el prometido; la guardaría como á una rival.

Ana dió orden de que prepararan su litera.

—El asunto ha permanecido secreto casi—dijo al preboste—. Vos, Orbec, no sois hombre que se preocupe de una escapatoria de muchacha, ¿verdad? De modo que no veo inconveniente en que se celebre la boda y se realicen nuestros proyectos.

—¡Oh, señora!—exclamó Roberto de Estourville encantado y haciendo una reverencia.

—En las mismas condiciones, ¿no es eso, duquesa?—dijo Orbec.

—Sin duda; en las mismas condiciones, querido conde. En cuanto á Benvenuto—continuó la duquesa—, como es culpable ó cómplice de un rapto infame, estad tranquilo, querido vizconde; os vengaremos al vengarnos nosotros mismos.

—Me han asegurado, señora—replicó Marmagne—, que el rey, en su entusiasmo artístico, ha adquirido tales compromisos para el caso de que resulte bien la fundición de su estatua de Júpiter, que cuanto Benvenuto le pida será realizado.

—No os preocupéis con eso. Ahí, precisamente, es donde le aguardo; le preparo para ese día una sorpresa tal, que no puede él imaginársela siquiera. Descansad en mí, y dejadlo todo á mi cargo.

Era lo mejor que se podía hacer. Hacía mucho tiempo que la duquesa no había manifestado tanta actividad, ni había estado tan encantadora. Rebosaba alegría sin darse cuenta de ello. Envió apresuradamente al preboste á buscar á sus soldados, y no tardaron mucho Estourville, Orbec y Marmagne, precedidos de aquéllos, en llegar á la puerta del palacio de Nesle, seguidos á alguna distancia por la duquesa de Etampes, que temblando de impaciencia, y sacando sin cesar la cabeza por la ventanilla de la litera, esperó en el muelle.

Era la hora de la comida de los obreros, y por el momento sólo estaban en el palacio Ascanio, Pagolo, Juan y las dos mujeres. No esperaban á Benvenuto hasta el día siguiente por la tarde ó al otro por la mañana. Ascanio, que recibió á los visitantes, creyó que iban á hacer una tercera visita domiciliaria, y como había recibido instrucciones concretas de su maestro, no opuso resistencia alguna, y, por lo contrario, les atendió con la mayor amabilidad.

El preboste, sus amigos y su escolta se dirigieron en derechura á la estatua. Al llegar junto á ella, el preboste colocó por sí mismo la escala y se dispuso á subir; pero Ascanio, pálido de ira y de terror, se le adelantó, poniendo el pie en el primer escalón.

—¿Qué pretendéis, señores?—exclamó—. Esa estatua es la obra maestra de Cellini; su custodia me está confiada, y os prometó que el

primero que se atreva á poner la mano en ella, sea para lo que sea, es hombre muerto.

Al decir esto desenvainó un puñal delgado y agudísimo, cuya hoja estaba tan bien templada, que de un solo golpe atravesaba un escudo de oro.

El preboste hizo una seña, y sus soldados avanzaron para atacar á Ascanio, asestándole las lanzas. Ascanio se resistió desesperadamente é hirió á dos de sus enemigos; pero estos eran ocho, y no había medio de resistirse, aunque no tomaban parte en la lucha el preboste, Marmagne ni Orbec. Fué vencido por el número, derribado en tierra, agarrotado y amordazado. El preboste, entonces, empezó á subir la escalera, seguido de dos de sus soldados para evitar cualquier sorpresa.

Colomba lo había visto y oído todo. Su padre la encontró desmayada. Al ver caer á Ascanio creyó que lo habían muerto.

Sobrecogido de cólera más que de intranquilidad, al verla el preboste se la echó á sus espaldas y bajó. Luego salieron todos al muelle; los soldados arrastraban á Ascanio, á quien Orbec miraba atentamente. Pagolo vió pasar á su compañero, pero no se movió; Juan había desaparecido; Scozzone, sola, no comprendía nada de lo que pasaba, y trató de impedir el paso, interceptando la puerta y diciendo:

—¿Qué violencia es esa, señores? ¿Por qué os lleváis á Ascanio? ¿Quién es esa mujer?

Pero en aquel mismo instante descubrióse el velo que cubría el rostro de Colomba, y Scozzone reconoció al modelo de la estatua de Hebe. Se apartó á un lado, pálida de celos, y sin decir una sola palabra, dejó pasar al preboste, á sus amigos, á sus soldados y á los dos jóvenes que se llevaban consigo.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué habéis maltratado á ese joven?—preguntó la duquesa de Etampes viendo á Ascanio maniatado, pálido y ensangrentado—. ¡Desatadle en seguida!

—Señora—dijo el preboste—, este joven nos ha opuesto una resistencia desesperada; ha herido á dos de mis hombres; es cómplice de su maestro, indudablemente, y me parece lo mejor llevarle á sitio seguro.

—Tenéis razón, señor preboste—respondió la duquesa de Etampes, volviendo sobre su acuerdo, y rectificando la orden que había dado de poner á Ascanio en libertad—; tenéis razón, este joven puede ser peligroso. Aseguradle.

—Al «Châtelet» el prisionero—dijo el preboste.—Y nosotros—añadió la duquesa, á cuyo lado había sido colocada Colomba, que aún no había vuelto de su desmayo—al palacio de Etampes.

Un instante después resonó en el muelle el galope de un caballo. Era que Juan salía á todo correr para comunicar á Cellini lo que acababa de ocurrir en el palacio de Nesle.

Ascanio entró en el «Châtelet» sin haber visto á la duquesa y sin saber la participación que

había tenido en el acontecimiento que acababa de destruir todas sus esperanzas.

## XXIX

## DOS RIVALES

Desde que oyó hablar de Colomba por primera vez, la duquesa de Etampes tenía vehementes deseos de conocerla. Había logrado, por fin, lo que ambicionaba: la pobre muchacha estaba allí, á su lado, desmayada todavía.

Ana no dejó de mirarla en todo el camino. Sus ojos, ardientes de cólera al verla tan bella, analizaban cada una de las perfecciones de la joven que por el momento estaba en su poder. Encontrábanse, al fin, frente á frente aquellas dos mujeres que aspiraban á un mismo amor y se disputaban un mismo corazón. Una, rencorosa y omnipotente; la otra débil, pero amada; una con su esplendor, otra con su juventud; una con su pasión, otra con su inocencia. Separadas por tantos obstáculos, se encontraban las dos y chocaban por fin, y el vestido de terciopelo de la duquesa pesaba, arrugándolo, sobre el sencillo traje blanco de Colomba.

Aunque ésta estuviera desmayada, no era la duquesa la menos pálida de las dos. Indudablemente aquella muda contemplación lastimaba su orgullo y destruía sus esperanzas; pues mientras, á pesar suyo, repetía: «No me habían engañado; ¡es muy bella, muy bella!», la mano en que tenía una de las dos de Colomba se crispó tan convulsivamente, que la joven volvió en sí de su desmayo al sentir el dolor, y abriendo sus grandes ojos, dijo:

—¡Ay, señora! ¡Me hacéis daño!

Tan pronto como la duquesa vió que Colomba abría los ojos, soltó su mano. Pero la percepción del dolor había precedido en cierto modo en Colomba al despertar de sus facultades intelectuales. Después de decir aquellas palabras, que más bien fueron un grito, se quedó mirando á la duquesa con asombro durante algunos segundos, y sin poder coordinar sus ideas. Después de un instante de contemplación, dijo:

—¿Quién sois, señora, y adónde me lleváis?—De pronto, retrocediendo, exclamó—: ¡Ah! Sois la duquesa de Etampes; ya me acuerdo; ya me acuerdo.

—¡Callaos!—dijo Ana imperiosamente—. Pronto estaremos solas y podréis asombraros y exclamar cuanto queráis.

Acompañó á estas palabras una mirada dura y altiva, pero no fué tal mirada, sino el sentimiento de su dignidad lo que hizo callar á Colomba. Se encerró, pues, en un silencio absoluto hasta que llegaron al palacio de Etampes, y ya en él, obedeciendo á una seña de la duquesa, la siguió á su oratorio.

Cuando se encontraron solas y frente á frente, se miraron de alto á bajo sin decirse nada, durante uno ó dos segundos, pero la expresión de sus

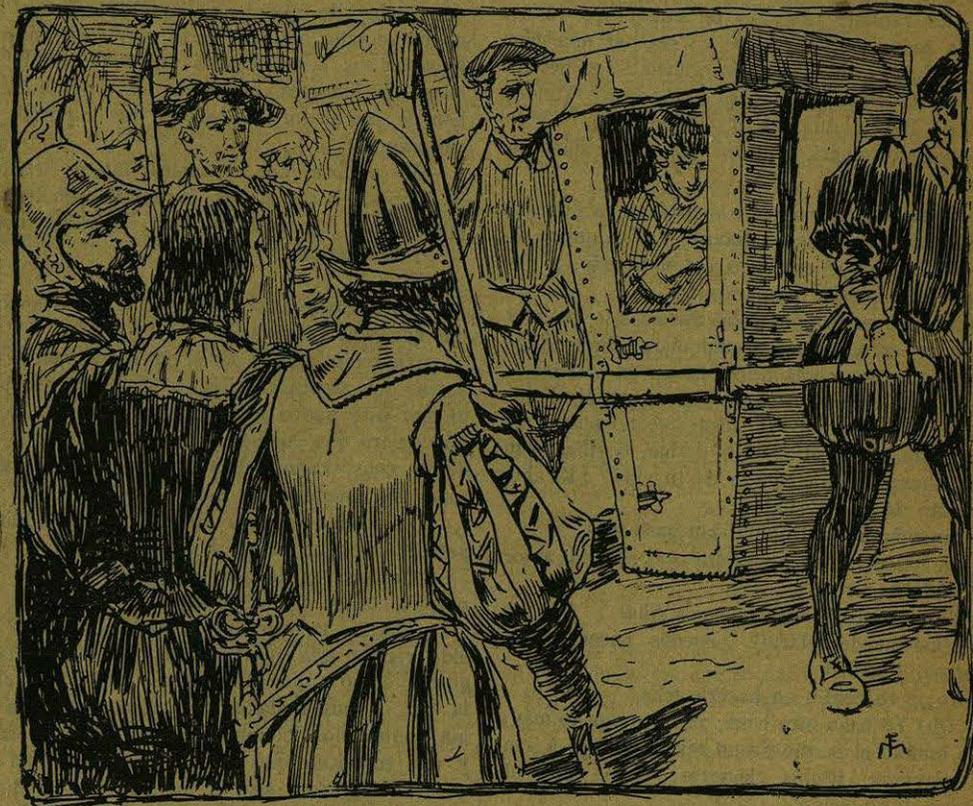
rostros era muy distinta. Colomba estaba tranquila, pues su esperanza en la Providencia y su confianza en Benvenuto la daban fuerza; Ana estaba furiosa al ver aquella tranquilidad, pero su furor, aunque expresado por la alteración de sus facciones, no se manifestaba de otro modo, pues contaba con su omnipotente voluntad y su influencia para dominar á aquella débil criatura.

Ella fué la primera que rompió el silencio.

—Amiguita mía—dijo en un tono que, á pesar de la suavidad de las palabras, no dejaba duda

—¡Bien, señorita, bien! La situación no puede ser más oportuna para que prediquéis moralidad, y os felicitaría por vuestro acierto si no prefiriese creer que tratáis de disculpar vuestro impudor con vuestra impudencia.

—La verdad, señora—replicó Colomba sin acritud, pero encogiéndose de hombros—, es que no trato de disculparme ante vos, pues ignoro en virtud de qué derecho podríais acusarme. Cuando me pregunte mi padre, yo procuraré justificarme, si algo me reprocha; yo le responderé con el



—Teneis razón, señor preboste—dijo la duquesa—este joven puede ser peligroso.

respecto á la ira del pensamiento—; ¡por fin habéis vuelto á poder de vuestro padre! Eso está bien; pero permitidme que os felicite por vuestra osadía. Sois... muy atrevida para tener tan pocos años.

—Es porque Dios me protege, señora—respondió Colomba con tranquilidad.

—¿De qué Dios habláis, señorita? ¡Ah! Del dios Marte, sin duda—respondió la duquesa, haciendo al mismo tiempo uno de aquellos impertinentes guiños de ojos que con tanta frecuencia tenía ocasión de hacer en la corte.

—No conozco más que un solo Dios, señora: el Dios bueno, protector de la inocencia, eterno; el Dios que recomienda la caridad á los poderosos y la humildad á los grandes. ¡Desgraciados de aquellos que no reconocen al Dios de que os hablo, porque algún día no serán reconocidos por Él!

TOMO II

respeto que me merece; pero entre tanto, habéis de pasar por mi silencio.

—Lo comprendo, mi voz os importuna; preferiríais estar sola para poder pensar á vuestras anchas en la persona á quien amáis.

—Ningún ruido, ningún rumor, por importuno que sea, puede impedirme que piense en él, sobre todo cuando es desgraciado.

—¿Os atrevéis á confesar que la amáis?

—Esa es la diferencia que hay entre nosotras dos, señora. Vos le amáis y no os atrevéis á confesarlo.

—¡Imprudente!—exclamó la duquesa—. Parece que me desafia.

—¡Ay, no!—respondió Colomba con dulzura—. No os desafío; me limito á contestaros, y eso porque me obligáis á que os conteste. Dejadme sola con mis pensamientos, y yo os dejaré sola con vuestros planes.

—Pues bien; puesto que me obligas á ello, criatura; puesto que te crees suficientemente fuerte para luchar conmigo; puesto que confiesas tu amor, yo confesaré el mío; pero al mismo tiempo que mi amor confesaré mi odio. ¡Sí, amo á Ascanio y te aborrezco! Después de todo, ¿para qué fingir contigo, la única á quien puedo decirselo todo, puesto que eres la única á quien, digas lo que digas, no han de creer? ¡Sí; amo á Ascanio!

—Os compadezco, señora; porque Ascanio me ama á mí.

—¡Es verdad! ¡Ascanio te ama! Pero ya sea por la seducción, si puedo; ya sea por una mentira, si hace falta; ó por un crimen, si es necesario, yo te robaré su amor, ¿lo oyes? Yo soy Ana de Heilly, duquesa de Etampes.

—Ascanio amará á quien mejor le ame, señora.

—¡Pero se puede oír esto!—exclamó la duquesa exasperada por tanta confianza—. ¡Cualquiera diría que su amor es único en el mundo, y que ningún otro puede compararsele.

—No digo eso, señora. Lo mismo que yo, puede amar otro corazón cualquiera. Pero dudo mucho que ese corazón pueda ser el vuestro.

—¿Y qué eres tú capaz de hacer por él, dime; tú que te alabas de ese amor que no puede ser comparado con el mío? ¿Qué le has sacrificado tú hasta ahora? ¿La modestia de tu vida? ¿El aburrimiento de tu soledad?

—No, señora; mi tranquilidad nada más.

—¿A quién le has preferido? ¿Al ridículo amor del conde de Orbec?

—No, señora; á mi obediencia filial.

—¿Qué puedes darme? ¿Puedes hacerle rico, poderoso, temido?

—No; pero confío en hacerle feliz.

—¡Oh! Yo hago otra cosa; yo hago mucho más; yo le inmolo el cariño de un rey; yo pongo á sus pies riquezas, títulos, honores; yo le doy el gobierno de un reino.

—Es verdad; vuestro amor le da todo lo que no es amor.

—¡Basta ya de esa comparación injuriosa!—exclamó violentamente la duquesa al comprender que perdía terreno paso á paso.

Entonces hubo un instante de silencio, que Colomba pasó tranquila, en tanto que la duquesa no disimulaba su excitación sino con gran trabajo y dejando adivinar su cólera. Sin embargo, llegó un momento en que los músculos de su rostro se distendieron poco á poco; apareció en su cara una expresión de dulzura y brilló en sus ojos un destello de benevolencia verdadera ó fingida. Por último, reanudó ella misma la lucha que su orgullo no quería dar por terminada sin un triunfo definitivo.

—Veamos, Colomba—dijo en tono casi afectuoso—. Si te dijeran: «Sacrificale tu vida», ¿qué harías?

—Se la sacrificaría sin vacilar.

—¡Yo también!—exclamó la duquesa con una expresión que demostraba, si no la sinceridad del

sacrificio, al menos la violencia de la pasión—. ¿Y vuestra honra?—añadió—, ¿se la sacrificaríais también?

—Si por mi honra entendéis mi reputación, sí; pero si queréis referiros á mi virtud, no.

—¿Cómo? ¿No habéis sido suya? ¿No sois su amante?

—Soy su prometida, señora. Nada más.

—¡Oh! ¡No le ama, no le ama! Prefiere á él la honra, que no es más que una palabra.

—¿Y si os dijeran á vos—dijo Colomba irritada á pesar de su tranquilidad—: «Renuncia por él á tus títulos de grandeza; inmólate el rey, pero no en secreto, que eso sería muy fácil, sino públicamente»; si os dijeran: «Ana de Heilly, duquesa de Etampes, abandona por su humilde taller de cincelador tu palacio, tus riquezas, tus cortesanos?»

—Me negaría, por su mismo interés—contestó la duquesa, como si ante la mirada penetrante y profunda de su rival, le fuera imposible mentir.

—¿Os negaría?

—Sí.

—¡Oh! ¡No le ama! Prefiere á él los honores, que solo son quimeras.

—¡Os repito que es por él por lo que quiero conservar mi alcurnia!—dijo la duquesa exasperada por este nuevo triunfo de su rival—. ¡Es por lo que quiero que comparta mis honores por lo que deseo conservarlos. Más pronto ó más tarde, todos los hombres los desean.

—Es posible—replicó sonriéndose Colomba—; pero Ascanio no es un hombre de esos.

—¡Callaos!—gritó por segunda vez Ana, golpeando con el pie en el suelo.

La astuta y poderosa duquesa no había podido vencer esta vez tampoco á aquella niña, á quien creyó que aterrorizaría sólo con alzar la voz. A sus irritadas é irónicas preguntas había contestado Colomba siempre con una calma y una modestia que la desconcertaban. La duquesa comprendió que el impulso de su odio la había llevado por mal camino, y cambió de táctica. A decir verdad, no había sospechado en Colomba tanta belleza ni tanto ingenio, y no pudiendo doblegar á su rival trató de sorprenderla.

Por su parte Colomba, como se ha visto, no se asustó ni mucho menos por las explosiones de cólera que la duquesa no había podido contener; únicamente se encerró en un silencio frío y digno. Pero merced al nuevo plan que acababa de adoptar, la duquesa se acercó de nuevo á su rival, sonriéndose, y la cogió de la mano afectuosamente.

—Perdonadme, hija mía—la dijo—. Me he dejado llevar de mi genio. No me lo toméis en cuenta. Tenéis tantas ventajas sobre mí que es muy natural que yo esté celosa. Tal vez me juzguéis, como las demás, una mujer mala. No soy yo la mala, es mi suerte. Perdonadme, pues; no es motivo suficiente que amemos las dos á Ascanio para que nos odiamos una á otra. Vos, á quien él ama únicamente, debéis tener indulgencia. Seamos hermanas, ¿queréis? Hablemos francamente. Ya procuraré yo borrar de vuestro

tro ánimo la desagradable impresión que mi cólera insensata os habrá producido.

—Señora—dijo Colomba retirando su mano con un movimiento de repulsión instintivo—, hablad, os escucho.

—¡Oh!—respondió la duquesa en tono jovial y como si comprendiese la reserva de su interlocutora—. Podéis estar tranquila. No solicito vuestra amistad sin ofreceros una garantía. Oid: para que sepáis bien quién soy; para que me conozcáis como me conozco yo misma, voy á referiros mi vida en dos palabras. Mi corazón no se parece á mi historia. ¡Oh! Se nos calumnia frecuentemente á nosotras, pobres mujeres á quienes el mundo llama grandes damas. La envidia se equivoca al censurarnos cuando la piedad debía compadecernos. Vos, por ejemplo, hija mía, ¿cómo me juzgáis? Sed franca. Como una mujer perdida, ¿no es así?

Colomba hizo un movimiento que indicaba la dificultad que sentía para contestar á semejante pregunta.

—Pero si me han perdido, ¿es culpa mía acaso? Vos, que habéis sido feliz, Colomba, no despreciéis demasiado á las que han padecido. Vos, que habéis vivido hasta aquí en una casta soledad, no podéis saber lo que es haber sido educada para la ambición, porque aquellas á quienes se destina á este martirio, como á las víctimas á las cuales se adorna con flores, no conocen más que el aspecto brillante de la vida.

No se trata para ellas de amar, sino de agradar solo. Así es que desde mi juventud, todos mis pensamientos iban encaminados á seducir al rey.

Esta belleza que Dios da á la mujer, para que á cambio de ella obtenga un amor verdadero, me han obligado á cambiarla por un título; de un encanto han hecho un lazo... Pues bien, decidme, Colomba: ¿qué queréis que haga una pobre niña á quien, á la edad en que aún ignora lo que es el bien y lo que es el mal, le dicen que el mal es el bien y el bien el mal? Por esto cuando los demás me consideran irremisiblemente perdida, yo tengo aún esperanza. Tal vez me perdone Dios teniendo en cuenta que no ha habido á mi lado nadie que me enseñara el buen camino. ¿Qué queríais que hiciese, aislada, débil, sin apoyo? La astucia y la mentira me han acompañado toda mi vida, y eso que yo no había nacido para ese horrible papel. La prueba es que he amado á Ascanio, y al enterarme de que le amaba, me he sentido dichosa y avergonzada á la vez. Ahora decidme, pura y querida niña, ¿me comprendéis?

—Sí—respondió Colomba inocentemente, engañada por aquella fingida buena fe que mentía con apariencia de verdad.

—Entonces os compadeceréis de mí—dijo la duquesa—, me dejaréis amar á Ascanio de lejos, sola, sin esperanza, y así no seré vuestra rival, puesto que él no me querrá. En pago, yo que conozco el mundo, sus peligros, sus asechanzas, sus embustes, substituiré á la madre que habéis perdido, os guiaré, os salvaré. Ya veis

que podéis fiaros de mí, toda vez que conocéis mi vida. Una criatura en cuyo corazón se ha hecho que germinen pasiones de mujer: ese es todo mi pasado. Mi presente ya lo veis: la vergüenza de ser públicamente la amante de un rey. Mi porvenir, es mi amor á Ascanio; no el suyo, porque ya lo habéis dicho vos misma como yo me lo dije muchas veces: Ascanio no me querrá. Pero precisamente porque este amor ha de ser puro podrá purificarme. Ahora os toca á vos hablar; sed franca, decidme todo. Contadme vuestra historia, hija mía.

—Mi historia es muy corta y muy sencilla; se resume en tres amores: he amado, amo y amaré á Dios, á mi padre y á Ascanio. En lo pasado, como aún no había encontrado á Ascanio, mi amor por él era un sueño; en el presente es un sufrimiento; para lo porvenir es una esperanza.

—Muy bien—dijo la duquesa comprimiendo los celos que desgarraban su corazón y las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos—, pero no seáis confiada á medias. ¿Qué vais á hacer ahora? ¿Cómo habéis de luchar, pobre niña, contra dos voluntades tan poderosas como las de vuestro padre y el conde de Orbec? Y esto sin contar con que el rey os ha visto y os ama.

—¡Oh, Dios mío!—murmuró Colomba.

—Pero como esta pasión era obra de la duquesa de Etampes, vuestra rival, vuestra amiga Ana de Heilly os libraré de ella. No nos ocupemos, pues, del amor del rey. Quedan vuestro padre y el conde. Su ambición no es tan fácil de dominar como el vulgar cariño de Francisco I.

—¡Oh! No seáis buena á medias—exclamó Colomba—. Salvadme de los demás como me salváis del rey.

—Sólo se me ocurre un medio—dijo la duquesa fingiendo que reflexionaba.

—¿Cuál?

—Os asustaréis, tal vez; no querréis ponerle en práctica.

—Si sólo hace falta valor, decidlo.

—Acercáos y escuchadme—dijo la duquesa atrayendo afectuosamente á Colomba hacia una silla de tijera colocada junto al diván en que ella estaba sentada, y pasándole el brazo por la cintura—. No os asustéis de las primeras palabras que voy á deciros.

—¿Tan espantosas van á ser?—preguntó Colomba.

—Tenéis una virtud rígida y sin mancha, hija mía, pero vivimos ¡ay! en un tiempo y en un mundo en que esa encantadora inocencia sólo es un peligro más, pues os entrega sin defensa á vuestros enemigos, á quienes no podéis combatir con las mismas armas que ellos emplean para atacaros. Pues bien, sobreponed á vos misma; bajad de las alturas de vuestro ensueño y colocaos al nivel de la realidad. Decíais hace poco que sacrificaríais á Ascanio vuestra reputación. No os pido tanto; sacrificad solamente la apariencia de fidelidad á su amor. Tratar de luchar sola y débil contra vuestro destino; soñar, vos, hija de un noble, en casaros con un aprendiz de

orfebre, es una locura. Creed los consejos de una amiga sincera; no os resistáis; dejasos guiar, permaneced, en vuestro corazón, siendo la prometida pura, la esposa de Ascanio, y dad vuestra mano al conde de Orbec. Lo único que exigen de vos sus ambiciosos planes, es que llevéis su nombre; pero una vez que seáis condesa de Orbec, desbarataréis fácilmente sus infames proyectos porque no tendréis más que alzar la voz y quejaros; mientras que ahora, ¿quién os daría la razón si lucharais? Nadie; yo misma no podría ayudaros contra la legítima autoridad de un padre; en tanto que si sólo hiciera falta echar por tierra los cálculos de vuestro marido, me veríais trabajar eficazmente. Reflexionad en ello. Para seguir siendo dueña de vuestra persona, obedeced; para llegar á ser independiente, fingid que renunciáis á vuestra libertad, y fortificada con la idea de que es Ascanio vuestro legítimo esposo, y de que una unión con otro es un sacrilegio, haréis lo que os dicte vuestro corazón; se callará vuestra conciencia, y el mundo, á los ojos del cual se habrán salvado las apariencias, se pondrá de vuestra parte.

—¡Señora, señora!—dijo Colomba levantándose y tratando de separar el brazo de la duquesa que trataba de contenerla—. ¡No sé si os comprendo bien, pero me parece que me proponéis una infamia!

—¿Qué decis?

—Digo que la virtud no es tan sutil, señora; digo que vuestros sofismas me avergüenzan por vos; digo que bajo la aparente amistad con que se oculta vuestro odio, veo el lazo que me tendéis. Queréis deshonrarme á los ojos de Ascanio, ¿no es eso? porque sabéis que Ascanio no querrá, ó dejará de querer á la mujer á quien desprecie.

—Pues bien, sí—dijo la duquesa dejando desbordar su ira—; ya me he cansado de fingir. ¡Ah! ¿No quieres caer en el lazo que te preparaba, dices? ¡Pues bien, caerás en el precipicio hacia el cual te empujo! ¡Oyelo bien: que quieras ó no, te casarás con el conde de Orbec!

—En todo caso, la violencia de que seré víctima me disculpará, y cuando ceda, si cedo, no habré profanado los sentimientos de mi corazón.

—¿Eso es decir que te propones luchar?

—Por todos los medios que estén á mi alcance. Os lo advierto. Diré «No» hasta el fin. Llegaréis á poner mi mano en la mano de ese hombre, y diré «No». Me arrastraréis al altar y diré «No». Me obligaréis á arrodillarme ante el sacerdote, y ante el sacerdote diré «No».

—¡Qué importa! Ascanio creerá que has aceptado la boda cuando la hayas sufrido.

—Confío en que no llegaré á sufrirla.

—¿Crees que te socorrerá alguien?

—Dios desde el cielo y un hombre en la tierra.

—Pero ese hombre está preso.

—Ese hombre está en libertad.

—¿Quién es?

—Benvenuto Cellini.

La duquesa rechinó los dientes al oír el nombre de aquél á quien tenía por su más mortal

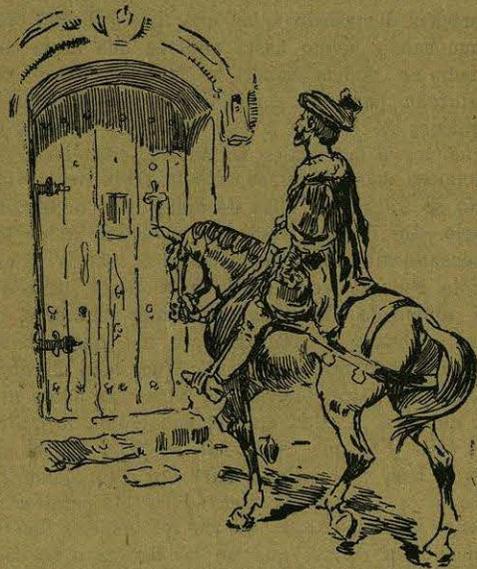
enemigo, y en el momento en que iba á repetir aquel nombre acompañándolo de una imprecación horrible, levantó un paje las colgaduras de la puerta y anunció al rey.

La duquesa de Etampes salió del oratorio precipitadamente, con la sonrisa en los labios, y fué al encuentro de Francisco I, á quien se llevó á su habitación particular, haciendo seña á un criado para que, en su ausencia, vigilara á Colomba.

XXX

BENVENUTO APURADO

Una hora después de la prisión de Ascanio y del rapto de Colomba, Benvenuto Cellini pasaba al paso de su cabalgadura por el muelle de los Agustinos. Acababa de separarse del rey y de toda su corte, á quienes había entretenido grandemente durante el camino refiriéndoles mil cuentos tan ingeniosos como todos los que él discurría.



[Cuando llegó ante la puerta del palacio se detuvo un instante.

y con el relato de sus propias aventuras; pero al quedarse solo había vuelto á sus preocupaciones; el conversador frívolo había cedido el puesto al pensador profundo. Mientras su mano dejaba colgar la brida, su frente, inclinada, meditaba; pensaba en la fundición de la estatua de Júpiter, de la que dependían su gloria de artista y la felicidad de su querido Ascanio; el bronce fermentaba en su cerebro antes de liquidarse en el horno. Exteriormente, sin embargo, Cellini estaba tranquilo.

Cuando llegó ante la puerta del palacio se detuvo un instante, extrañando no oír el ruido de los martillazos. El negro edificio estaba silencioso y triste, como si no lo habitara alma vi-

viente. El maestro llamó dos veces sin que nadie le contestase, y por fin, á la tercera, salió á abrir Scozzone.

—¡Ah! ¿Sois vos, maestro?—exclamó ella al ver á Benvenuto—. ¡Por qué no habréis venido antes!

—¿Pues qué ha pasado?

—Han venido el preboste, el conde de Orbec y la duquesa de Etampes.

—¿Y qué?

—Han vuelto á registrar la casa.

—¿Y qué más?

—Han encontrado á Colomba en la cabeza del dios Marte.

—¡Imposible!

—La duquesa de Etampes se ha llevado consigo á Colomba, y el preboste ha enviado á Ascanio al Châtelet.

—¡Ah! ¡Nos han hecho traición!—exclamó Benvenuto dándose un golpe en la frente con la mano y golpeando el suelo con un pie. Y como en cualquier asunto, el primer movimiento de Cellini era la venganza, dejó que su caballo se fuera á la cuadra solo y se precipitó hacia el taller.

—¡Todos aquí!—gritó—. ¡Todos!

Un instante después estaban reunidos todos los obreros y él les hacía sufrir un interrogatorio en regla, pero como ninguno estaba enterado ni del escondrijo de Colomba ni del medio por el cual los enemigos de ésta habían podido descubrirlo, no hubo ni uno solo, ni siquiera Pagolo, de quien había sospechado en primer término Cellini, que no se disculpase de modo que no pudiera quedarle duda alguna al maestro. No hay que decir que éste no había sospechado ni remotamente de Hermann, y sólo breves momentos de Simón el Zurdo.

Viendo que por aquel lado no tenía nada que vengar ni averiguar, decidióse, con la rapidez de resolución que le caracterizaba, y después de asegurarse de que su espada estaba firme y que su puñal salía fácilmente de la vaina, ordenó á todos sus obreros que permaneciera cada uno en su puesto para que él pudiera encontrarlos en caso necesario. Salió del taller, bajó rápidamente la escalinata y se fué á la calle.

Esta vez, su rostro, su modo de andar, todos sus movimientos, en fin, expresaban la más viva agitación. En su cerebro bullían y se entrecocaban mil pensamientos, mil proyectos, mil dolores. Le faltaba Ascanio en el momento en que le era más necesario, pues para la fundición de su Júpiter no eran demasiado todos sus obreros, á la cabeza de los cuales debía ponerse Ascanio, el más inteligente de todos. Colomba había sido raptada, y al encontrarse en medio de sus enemigos, podía perder algo del valor indispensable para llevar á feliz término la empresa comenzada; podía alterarse entre tantas emboscadas y amenazas como la rodearían aquella serena y sublime confianza que constituía para la pobre niña como una muralla que la defendía contra

los malos pensamientos y los perversos designios.

En medio de todo esto bullía un recuerdo en el fondo de su pensamiento. Recordaba que un día había hecho entrever á Ascanio la posibilidad de una venganza cruel de la duquesa de Etampes, y que Ascanio había contestado sonriéndose: «No se atreverá á perderme, porque con una sola palabra podría perderla yo.» Benvenuto quiso entonces conocer este secreto pero el joven le dijo: «Hoy sería una traición; esperad que llegue el día en que sea un arma defensiva».

Comprendiendo esta delicadeza, Benvenuto había esperado. Ahora le era preciso ver á Ascanio, y hacia este fin debían tender todos sus esfuerzos.

Benvenuto pensaba y ejecutaba inmediatamente lo pensado. Apenas había decidido que era necesario ver á Ascanio, cuando ya estaba llamando á la puerta del Châtelet. Abrióse el postigo, y uno de los soldados del preboste preguntó al orfebre quién era. Detrás del soldado se veía el contorno de otro hombre.

—Soy Benvenuto Cellini—dijo el artista.

—¿Qué deseáis?

—Ver á un preso que está encerrado en esta cárcel.

—¿Cómo se llama?

—Ascanio.

—Ascanio está en el calabozo, y no puede ser visitado por nadie.

—¿Y por qué está en el calabozo?

—Porque se le acusa de un crimen que se castiga con pena de muerte.

—Razón de más, entonces, para que yo le vea—exclamó Benvenuto.

—Tenéis una lógica muy especial, señor Cellini—dijo en tono burlón la voz del hombre que se ocultaba tras el soldado—. Y aquí, en el Châtelet, no se admite ese modo de pensar.

—¿Quién se ríe cuando yo solicito? ¿Quién se burla cuando yo ruego?

—Yo—dijo la voz—. Yo, Roberto de Estourville, preboste de París. Cada uno á su vez. Toda lucha tiene su desquite; me habéis ganado la primera vez, y la segunda me toca á mí; habéis tomado ilegalmente mi palacio y yo os arrebaté legalmente vuestro discípulo. No habéis querido devolverme aquél; podéis estar tranquilo, tampoco yo os devolveré á éste. Como sois valiente y emprendedor y tenéis un ejército de compañeros fieles, podéis atreveros, escalador de murallas, asaltante de palacios, ¡venid á tomar el Châtelet! ¡Os espero!

Y dicho esto, se cerró el postigo.

Benvenuto lanzó un rugido y se precipitó violentamente contra la puerta, pero á pesar del esfuerzo reunido de sus pies y de sus manos, la puerta no se movió siquiera.

—Golpead, amigo mío, golpead—dijo el preboste desde adentro—; sólo conseguiréis hacer ruido, y si hacéis demasiado ¡mucho ojo con la patrulla! ¡Cuidado con los arqueros! El Châtelet no es